

1971: MONTEJURRA REVOLUCIONARIO

Por M. URRUTEA (R. Gamboa)

Montejurra 1971. Se aclama a la Revolución. España ha de ser una Unión de Repúblicas Socialistas Ibéricas (¿U. R. S. I.?), bajo la presidencia de un príncipe de la sangre. Sería grotesco si no fuera trágico.

Trágico. Esta es la palabra. Trágico en sí y dramático para nosotros, católicos y carlistas. Porque es un insulto a nuestra bandera, una injuria a nuestra fe, un escupir a nuestros mayores en sus mismas tumbas, en lo que fue para ellos campo del honor.

El carlista medio, mudo de estupor ante lo que allá ha oído, se pregunta por la causa de esta última, inconcebible, degradación. Quiere comprender, saber el porqué de las cosas, la razón por la cual él y sus antepasados se equivocaron de campo en las guerras carlistas y deben ahora abjurar de todo (excepto de sus aversiones dinásticas) y abrazar la bandera de sus enemigos en sus expresiones más degeneradas, más hostiles y antagónicas: el marxismo y el separatismo.

Buscar la causa. Es ésta una tendencia del espíritu humano que a veces se une al deseo de señalar un responsable, alguien a quien culpar. Y es frecuente que los fenómenos históricos no respondan a una causa sola, sino a varias causas coincidentes o sucesivas en su actuación. Y que no exista, por tanto, un responsable único, sino muchos.

Para que una metamorfosis de esta envergadura pueda haberse operado en una parte de la juventud carlista; para que una mayoría de los que asisten al antes fervoroso, alegre y familiar Montejurra puedan presenciar sin protesta exterior esas allocuciones ha sido necesario forzosamente un inmenso vacío espiritual en el que han crecido generaciones enteras.

Es un hecho histórico y triste: el espíritu que animó a los combatientes de 1936 quedó, después de la guerra, sometido a control, como administrado por varias fuerzas o tendencias concurrentes. Congelado en fórmulas y versiones estereotipadas, fue materia durante decenios de una enseñanza dogmática e irreal en escuelas y colegios. Un profesorado eventual y advenedizo era el encargado de enseñarlo en una especie de catecismo civil que no era sentido, ni comprendido ni comprensible. En vez de procurar que aquel espíritu patrio (libre de fórmulas de «concentración» y de «concomitancias») informase a la enseñanza de la Historia y de toda nuestra cultura, se mantuvo en aislamiento ritualizado mientras las nuevas generaciones —expulsadas mentalmente del mismo— eran receptivas a cualquier otra influencia exterior. Al propio tiempo, las cátedras y puestos docentes desde donde habría podido mantenerse y prolongarse ese espíritu, eran ocupadas por gentes crecidas ya en una actitud ajena y a veces hostil al mismo.

Vacío espiritual para los que han ido viniendo. Pero esto sólo no explica la amplitud y profundidad del naufragio. Ha sido necesario también el inmenso cataclismo de la Iglesia posconciliar. Hoy, cuando puede salir de Toledo una «marcha contra el hambre en el mundo», formada por *hippies* pacifistas o contestatarios, por monjas y por curas, ya nada puede asombrar. ¿Por qué lo que es posible en la Iglesia no va a ocurrir en el carlismo? ¿Quién puede ya saber dónde está la verdad y dónde el bien después de seis años de malabarismos conceptuales y de impiedades? ¿Quién recuerda el sentido humano y divino de las trincheras de 1936?

Pero aún no basta como explicación de este caso. Hay algo más y aún más desalentador por su carácter a la vez innecesario e irremediable. Tanto la Iglesia como el carlismo son monarquías en cuanto a su autoridad suprema. El carlismo la reconoce en su jerarquía y la propugna como legitimidad patria. Las monarquías poseen la inmensa ventaja sobre las democracias o los regímenes de asamblea de existir en su cumbre un hombre concreto, personal, capaz de hacer justicia y enderezar lo que vaya mal. Algo que no sucede en los gobiernos donde la responsabilidad y las intenciones se pierden en organismos, sufragios e instancias. Ese hombre está además, por su posición, por su educación y su carácter vitalicio, en las mejores condiciones posibles para entender y querer esa justicia y —aún más— el interés de su propia causa, que se identifica con el de la fe o con el de la patria.

En la escisión protestante, por ejemplo, el Papa y el emperador estaban con la causa de la verdadera fe. En la Revolución Francesa, el rey estaba —con mayor o menor acierto— con los realistas. En la iniciación del régimen liberal en España, el rey legítimo estuvo con los suyos, fieles a la tradición. En la revolución rusa, el Zar estuvo con los blancos...

¿Ocurre ahora lo mismo?

No contradice ciertamente a la razón ni a la humana naturaleza el que una suprema autoridad monárquica desconozca su propia causa o la entregue al enemigo. Contradice sólo a lo normalmente previsible; contradice a las condiciones políticas y psicológicas en que estos hombres están situados.

¿Van definitivamente mal las cosas en el carlismo? ¿Le niega la Providencia su acostumbrado amparo, no ya sólo en la forma extraordinaria como ayudó a los requetés que irradió Navarra en los primeros meses de la guerra, sino incluso en la medida de lo normal y previsible?

Creo que las circunstancias históricas han de mirarse desde otra óptica. El carlismo no es una tribu, un clan o una empresa a la que vaya a irle mejor o peor. En tanto que carlista leal, a ningún hombre le ha tocado más que pelear, morir, arruinarse, ser encarcelado, escribir de balde... El carlismo es lo que queda —consciente de sí y con espíritu de reivindicación— de la antigua y única España, el hilo de su posible restauración, el eslabón de su continuidad. Es decir, que lo que va mal para el carlismo es precisamente lo mismo que va mal para la esperanza de restauración patria. Para la recuperación de nuestra fe, de confianza en nosotros mismos, de nuestro legítimo orgullo...

Tal vez no merezcamos colectiva, nacionalmente, que al carlismo le vayan mejor las cosas... No ofrece el ambiente espiritual del país demasados asideros para una razonable ni para una religiosa esperanza.

En cierto modo, bajo la misma óptica podría considerarse la actual desventura española con respecto al futuro de la Iglesia y de la catolicidad. Esta contó con el genio y el esfuerzo españoles en las luchas de religión, en Trento, en Lepanto, en la evangelización de América y en mil ocasiones menores hasta la última de 1936. Parece que ahora ya no puede contar... Es de temer que no sólo España haya de sufrir las consecuencias...